

Como había sido y continuó siendo refractario á los hábitos de orden y de economía, lo que produjo que malgastase su pequeño haber hereditario y los frutos de sus trabajos profesionales, bien pronto la pobreza con sus mil apremios, que desconciertan y afligen, vino á llamar á las puertas de su humilde hogar. Sus amigos, y particularmente su mejor amigo D. Manuel Bengoechea, que tenía influencia en el Gobierno, se interesaron en que se le diese un buen empleo; y en febrero de 1858, en sustitución del Lic. D. Cayetano Batres, fué nombrado, con beneplácito general, Auditor de Guerra.

Poco tiempo ejerció el enunciado cargo que le daba ocupación y recursos, aunque pequeños, para subvenir á las necesidades de su familia. El General Manuel María Bolaños, á la sazón Comandante General de la República, tuvo para con él exigencias con motivo de algunos procesos seguidos contra militares que gozaban de la privanza del General Carrera. Así las cosas, Diéguez nunca quiso comprometerse en transacciones en materia de administración de justicia, y renunció varias veces la Auditoría, hasta que al fin le fué admitida su renuncia. Extrañados sus amigos de su resolución de dimitir un cargo que harto necesitaba, contestó á sus preguntas con estas palabras que ponen de manifiesto la integridad y la firmeza de su carácter: *Se me exigen cosas indebidas, y no puedo continuar, siendo honrado, desempeñando el empleo que tengo.* En esto siguió los consejos que su noble padre dirigió á su hijo D. Juan, al ser este nombrado Juez de 1.<sup>a</sup> Instancia de un Departamento, en carta que publicó un periódico literario de esta capital. (16) "El desinterés es el creador de la fortaleza que debe tener un Juez; virtud grande contra la venalidad y la co-

[16] "El Museo Guatemalteco," número 41: miércoles 2 de septiembre de 1857.

rupción. No hablo precisamente de ese interés pecuniario que solo puede afectar á los corazones impuros y degradados; hablo de cualquier otro que pudiera excitar la sensibilidad en las nobles tendencias de la naturaleza. Ningún atractivo, por seductor que aparezca, debe hallar entrada en el pecho del Juez, ni hacerle doblegar en su administración."

Falto de medios para atender á sus obligaciones domésticas, acosado por una extrema pobreza, y desengañado de la sociedad y de los hombres, Diéguez solo encontraba algún lenitivo á sus penas, ora exhalando quejas como aquellas que dirigió á una actriz europea:

Partes y me abandonas... y mi ruego  
En vano quiere conmover el alma  
De la beldad que me robó el sosiego,  
Y de mi pecho arrebató la calma,

Ora ocupándose en esparcimientos placenteros que lo alejaban del trabajo, que desgastaban su salud, y que estaban contrapuestos á la energía y á la nobleza de su carácter. Así, en poco tiempo, aquel organismo joven y vigoroso experimentó una sensible perturbación. En el mes de abril de 1861 Diéguez perdió el uso de sus facultades intelectuales; la locura vino á dar el golpe de gracia á aquel cerebro tan rico en ideas, á aquella fantasía tan llena de imágenes, á aquella alma nutrida de amarguísimos y profundos pesares.

Cuán desgarradoras y dignas de mover á compasión fueron las penas que, durante largos meses, dió á Diéguez su cruel enfermedad! Experimentaba sufrimientos horribles, que no por ser causados por fenómenos puramente imaginativos, propios de su estado patológico, dejaban de ser para el enfermo rudas y abrumadoras realidades. A veces se creía preso á causa de la conspiración del 46; se sentía cargado de prisiones, y veía la fatídica imagen de *Chupina*, rodeado de sayones, que duro é inflexible le condenaba á la

muerte; y entonces el pobre loco, convulso, se agitaba desesperado, y gemía y quería huir, y era víctima de los más grandes terrores. Otras veces, recordando su miseria, creía ver á sus tiernos hijos, huérfanos y desvalidos, expuestos á la intemperie, echados sobre el duro suelo, y sin más amparo que la sombra protectora de las ramas de un árbol. (17) Tenía á veces horas de calma y de lucidez en sus ideas. El General Carrera que llegó á estimar y á querer á Diéguez, su antiguo enemigo político, fué una ocasión á visitarle y á darle sus consuelos. Durante la mayor parte de la visita el enfermo departió con el General mostrando en todo buen sentido. Carrera llegó á creer que estaba en el uso de su razón; pero al despedirse el paciente volvió á desvariar y á ser presa de su desesperación y de sus terrores. El General comprendió entonces que la locura estaba arraigada, y que no había remedio para el poeta que había perdido la luz de la inteligencia, como para prepararse, entre tinieblas, para sumergirse entre las sombras de la noche eterna de la muerte!

La locura se exacerbó, después de algunos meses, con otra gravísima enfermedad. (18) Los Doctores, mi malogrado amigo D. Felipe Barraza, y D. Francisco Aguilar hicieron esfuerzos para combatirla. Todo fué en vano. El cerebro del poeta estaba trastornado, y su organismo debía descomponerse por el nuevo mal cuyos avances destructores la ciencia no pudo contener. Entre angustias indecibles, el día 21 de agosto de 1861, en la casa que está al frente de la puerta lateral de la iglesia de Santa Teresa, falleció el poeta, dejando una viuda tan virtuosa como desvalida, y dos hijos en la infancia, Juan el menor, que se ha dedicado á trabajos agrícolas, y Manuel el mayor, que ha he-

[17] El árbol de que Diéguez hablaba en su monomanía es el que conocemos en Centro-América con el nombre de *matasano*, ó *matasanos*.

[18] Disentería

redado los talentos de su padre y de su abuelo, que es un bello ornamento de nuestro Foro, y que, en la esfera de las letras, ha introducido en nuestro país, con éxito feliz, el género de las *tradiciones escritas*, por lo cual merece el honroso calificativo de *Ricardo Palma guatemalteco*. Si los muertos alguna vez volviesen á la tierra, Diéguez se consolaría, y olvidaría muchos de sus infortunios, viendo que su hijo, por su talento robusto y fecundo, es una de las más hermosas esperanzas de la patria. ¡Ojalá llegue á ser, como tenemos derecho á esperar, una verdadera gloria nacional!

Intenso fué el dolor que la familia y los pocos, pero sinceros amigos de Diéguez, tuvieron por su prematura muerte. (19) Sus restos en pobre ataúd, con pequeño acompañamiento, sin aparato, sin pompa, fueron conducidos al antiguo cementerio de esta capital para ser depositados en

[19] Mi amigo, el dulce poeta D. Francisco González Campo, dedicó á la memoria de Diéguez una sentida composición de la que tomo los siguientes versos reproducidos por el Dr. D. Ramón Uriarte en su obra «Galería Poética Centro-Americana»:

Duerme bardo infeliz, duerme en la tumba;  
¡ay! vale más su sempiterna calma,  
que arrastrar la existencia cuando el alma  
bajo el peso se abate del dolor.

Si, vale más, infortunado bardo  
el silencio del féretro profundo,  
que ver en torno indiferente al mundo  
desdeñando los ecos del cantor.

Y ¿qué halago la vida te ofreciera  
en un tiempo de infando despotismo?  
la miseria, el desprecio, el ostracismo  
y el horror de una fétida prisión.

Por eso el sinsabor y la tristeza  
sollozan en las cuerdas de tu lira,  
y en tus notas dulcísimas respira  
el eco de tu amarga inspiración.

humilde nicho: después la piedad de su hijo mayor hizo trasladarlos al mausoleo que, con generosidad nobilísima, dedicó el Ilustre Colegio de Abogados de Guatemala al jurisconsulto D. Juan, hermano predilecto del poeta. Desgraciado Manuel Diéguez! En tu muerte no tuviste ni propio sepulcro, como no tuviste seguro hogar en la vida; pero por una de esas justicias, que sabe hacer aún el destino más ingrato, descansas al lado del que fué tu hermano por la sangre, por el sentimiento, por el dolor, por la inspiración y por el arte. Tuviste el desequilibrio de facultades que tienen los grandes poetas del sentimiento. No supe comprender el verdadero fin de la vida, que es perfeccionar, engrandecer y dilatar la personalidad, merced á las respectivas facultades, ya por trabajos mecánicos, ya por lucubraciones científicas, ya por la devoción purísima del arte; pero á falta de sentido práctico y de tendencias filosóficas y trascendentales, y de orden y de regularidad, tuviste el profundo sentimiento de la vida, aunque con intermitencias, en lo que respecta á la contemplación de lo bello, al culto á los recuerdos dolorosos, al cultivo de los afectos íntimos, y al fantasear de la imaginación que, como por despecho, descontenta de las impurezas de la tierra, recorta y mancha sus alas, pero luego, como arrepentida, hace esfuerzos para volar, y al fin vuela, y se remonta al cielo. Infortunado Diéguez! Por tu temperamento y por tu espíritu tuviste energía y nobleza de carácter, pero no ideas exactas con respecto al individuo, á la familia, á la patria y á la humanidad; y de aquí que errores y extravíos fuésen corrosión de tu alma sensible; que la familia fué tu inquietud y tu tormento, y no tu consuelo y tu esperanza; que la patria fué la personificación de odiado tirano, y no la madre tierna y amantísima cuyos inmortales destinos deben ser el ideal eterno de sus hijos; y que la humanidad fuese un mito, una ficción forjada por generoso deseo, y no la sagrada y universal entidad que debe contar con nuestros trabajos, con nuestros esfuerzos, con nuestros votos, con nuestros dolores, con nuestros sacrificios, con

nuestros martirios y con nuestras lágrimas. Pobre poeta! Rico en sentimientos y en inspiraciones, pero subyugado por las pasiones, buscaste de adolescente, un asidero en la patria; mas pensaste regenerarla á costa de un crimen, y fueron expiación de tu pecado largos días de proscripción y de nostalgia; buscaste para tu desolado corazón distracciones y consuelos en aventuras y devaneos; y el amor te hirió de muerte, y amaste, con amor infinito, y lloraste lágrimas de sangre sobre la tumba de la que se apoderó de tus pensamientos, de tus afectos y de tus inspiraciones; buscaste un último refugio en el tranquilo hogar de la familia; y la miseria que viene por el trabajo malogrado, y el hastío que llega por el abuso del placer, te dieron vida tristísima y aflicciones sin cuento; y pobre, y enfermo y loco, viste á la esposa infeliz sin pan para tus hijos, y á la carne de tu carne, á la sangre de tu sangre, á los pedazos de tu alma, entre la horrible miseria, sin más amparo que la sombra bienhechora de un árbol de tu nativa tierra. Pobre poeta! Tal vez no te haya comprendido; tal vez sin quererlo desfigure tu carácter y la índole de tus tendencias y aspiraciones; pero te digo lo que creo y lo que siento. Pensando en tu sepulcro y en el mío, no puede haber falsedades. Como pensador, mi juicio no está de acuerdo con el tuyo; como sentidor, amo y respeto tu memoria; y en testimonio de ello, mi última expresión sincera es tu expresión sentida:

*¡Deja que te rieguen las lágrimas mías! (19)*

**Ramón Rosa.**

Guatemala, 1. ° de enero de 1889.

[19] Grave y dilatada enfermedad de una de las personas de mi familia durante los últimos meses del año anterior, me impidió ocuparme en estudios y trabajos literarios. Por este motivo, aunque tengo reunidos los datos, no he podido escribir la Biografía de mi inolvidable maestro D. José Mi-

lla y Vidaurre, y el juicio crítico de sus obras, ni el juicio correspondiente á las composiciones prácticas de D. Manuel Diéguez, cuya Biografía aparece en este volumen. Los escritos que dejo de publicar en este libro tendrán cabida en el que dé á luz la *Academia Guatemalteca* en el año próximo entrante. Así acabaré de cumplir el compromiso que he contraído, y corresponderé, en algun modo á la buena voluntad y al noble empeño de mis ilustrados colegas que han dedicado tiempo y trabajo á historiar y juzgar á nuestros principales literatos, dando generosa atención á la iniciativa del Sr. Dr. D. Fernando Cruz y á la mía. Reciban por ello un voto de sinceras gracias. Tengo la esperanza de que en el año venidero acabaremos de publicar las Biografías y juicios sobre las obras de nuestros prominentes hombres de letras. Nuestros trabajos, por lo que á mí toca, tal vez no lleguen á la altura de nuestros buenos deseos, ni á las justas exigencias de los amantes de las letras nacionales; pero, por lo menos, expresan un sentimiento patriótico de guatemaltecos, y pueden dar algunos conceptos y datos para que los jóvenes que hoy se educan y se ilustran, con más elementos de los que dispusimos nosotros, escriban, andando el tiempo, la Historia Literaria de la República de Guatemala. Ojalá se realice ese gran progaoso. Me alegra y me entusiasma todo lo que pueda redundar en bien y en honrra de mi adoptiva y querida patria.

---

## EL POETA D. JOSÉ BATRES.

---

### I

No es la vanidad rasgo distintivo de nuestro carácter nacional. Por el contrario, pecamos generalmente por exagerada modestia, si este nombre puede darse á la indolencia reprensible con que contemplamos y dejamos que pase desconocido para los demás aquello de que con legítimo orgullo pudiéramos ufanarnos. Lejos de ser una disculpa nuestra relativa pequeñez, constituye antes bien un motivo poderoso para que sin alardes ridículos ni presuntuoso engreimiento, pero impulsados sí por patriótica y generosa aspiración, nos empeñáramos en dar á conocer lo que por algún título puede conquistar á nuestra tierra un nombre honroso y atraer sobre ella las miradas, la simpatía y la atención del mundo culto. Nada tienen que envidiar nuestro sol siempre claro y esplendoroso, nuestro clima con su eterna y deliciosa primavera, nuestros campos siempre verdes y nuestro magnífico cielo siempre azul, al sol, al clima, á los campos y al cielo de Italia. Nada tienen que envidiar nuestros encantadores paisajes que en sucesión interminable se ofrecen al viajero, esmaltados de alegres colinas, rodeados de pintorescos lagos, sombreados por bosques riquísimos de espléndida vegetación, bañados por caudalosos